
Autobiografía

Leo S. Klejn*

Nací el 1 de julio de 1927 en Vitebsk, en aquel entonces la Bielorrusia de la URSS, en el seno de una familia judía de la intelligentsia, atea y radicalmente rusificada (la primera lengua de mi familia ya era el ruso desde dos generaciones antes de la mía, y antes de eso el polaco). Mi origen estaba en el estrato alto de la sociedad. Antes de la Revolución, mis dos abuelos fueron capitalistas: uno era dueño de una fábrica, el otro un comerciante del primer gremio al que pertenecían los comerciantes más ricos de Rusia (entre el 2 y el 5 por ciento). Durante la Guerra Civil mi padre, graduado de la Universidad Imperial de Varsovia, fue un oficial del ejército de voluntarios de Denikin. Al final de la guerra se sumó al Ejército Rojo. Por supuesto, nunca fue miembro del Partido Comunista; yo, tampoco.

Estudí en una preparatoria bielorrusa y en una escuela de música (piano). Cuando en 1941 estalló la Guerra Patriótica, mis padres fueron reclutados como médicos y enviados al frente; el resto de la familia (yo y mis abuelos y mi hermano menor) fuimos evacuados a Yoshar-Ola, en la República de Mari de la URSS (detrás del Volga). Allí trabajé en un *kolkhoz* (granja colectiva) y terminé los grados octavo y noveno de la preparatoria rusa. Entonces, a los 16 años, fui al frente como civil. En 1944 fui estacionado en el Tercer Frente Bielorruso, unidad de constructores militares, y con dicha unidad fui de Smolensk a la frontera alemana.

* Traducción del inglés de David Miklos. Agradecemos la gentileza del doctor Klejn al permitirnos reproducir este texto, cuyos derechos de traducción nos ha cedido.

En el verano de 1944, probablemente debido a la explosión cercana de un misil, a mi miopía se sumó una corioretinitis de ambos ojos (la inflamación de la retina y el sistema vascular óptico) y fui amenazado por una ceguera eventual. Fui enviado al distrito de Smolensk, allí donde había dado inicio nuestra avanzada, en un tren hospital. En ese lugar toda vez que cedió la fase grave de la enfermedad, asistí a la escuela ferroviaria técnica de Roslavl para concluir mi educación secundaria. La mala vista me excluyó de cualquier profesión relacionada con la conducción, pero fui aceptado en una escuela para estudiar otro oficio (la construcción de vagones de tren). Como sea, estuve allí no más de un año.

Tras la guerra, me reuní con mi familia y nos establecimos en Grodno, en donde para ese entonces mi padre ya se había convertido en el director de un hospital y mi madre era cirujana y directora de la unidad de emergencias de la ciudad. Allí pasé mis exámenes de “externo” (sin asistir a clases) y entré al departamento de lenguas y literatura del Instituto Pedagógico de Grodno.

Luego de un año de estudio (1946) me inscribí a un curso por correspondencia de la Universidad de Leningrado; un año después, me mudé a dicha ciudad (y dejé el Instituto Pedagógico de Grodno). Durante algunos años, estudié simultáneamente en dos facultades distintas: en la facultad de Historia (en el departamento de arqueología, bajo la tutela del profesor M. I. Artamonov, director del Museo Hermitage) y en la facultad de filología (bajo la tutela del profesor V. Ya. Propp). Me gradué con distinciones en 1951.

Ya que había ingresado a la Universidad dada mi incapacidad de servir militarmente (debido a mi pobre vista), no estuve sujeto al entrenamiento de oficial del ejército; mis amigos fueron enlistados como parte de la reserva de la artillería. Sin embargo, el estado de mis ojos mejoró y cuando me gradué fui aceptado en ciertas secciones del servicio militar. Para poder otorgarme el rango de oficial (igual que mis compañeros de la Universidad), los responsables tomaron en cuenta mi habilidad con los idiomas y me enrolaron como traductor militar. Fui capaz de satisfacer los requerimientos físicos, ya que no eran tal elevados para oficiales como para los miembros de alto rango. (Mucho después, en 1966 y a la edad de 39, fui llamado a realizar dos meses de cursos de entrenamiento para oficiales.)

Luego de graduarme trabajé durante medio año como bibliógrafo en la Biblioteca de la Academia de Ciencias, en Leningrado. A lo largo de los siguientes años, fungí como maestro en distintas preparatorias de Leningrado, luego de la comuidad de Volossovo (en el distrito de Leningrado) y después en Grodno. De 1957 a 1960 continué con mis estudios superiores en arqueología en la Universidad de Leningrado. Más adelante impartí clases en el mismo departamento (con un sueldo por hora y *gratis*¹) y en 1962 ingresé como miembro docente del departamento como Profesor Asistente. En 1968 fui promovido con mi disertación de Candidato (la primera de dos promociones en Rusia, equivalente a un doctorado en Occidente), “El origen de la cultura de las catacumbas del Don”. En 1976 me convertí en Docente (el equivalente a Profesor Asociado o Lector). Mi primer trabajo académico fue publicado en 1955, mi primera monografía en 1978 (cuando ya tenía 51 años). He participado en varias expediciones arqueológicas (en el cinturón de bosques de Rusia y Bielorrusia, pero principalmente en la estepa de Ucrania y en los alrededores del río Don); durante las últimas cinco temporadas lo hice como director de la expedición (hasta 1973). Luego de esto, permanecí como miembro de las expediciones pero como director del entrenamiento a estudiantes; el director de la expedición era otro arqueólogo. Las excavaciones incluyeron viejas ciudades rusas y carretillas de la Edad de Bronce y de las culturas escita y sármata..

En arqueología, me he concentrado en el Neolítico y en la Edad de Bronce; en las culturas escita, sármata y eslavas; y en la arqueología teórica.

Durante la integridad de mi carrera he mantenido puntos de vista considerados como no-ortodoxos, es decir, desviados de la asumida línea de la escolaridad marxista-leninista. Las autoridades tampoco han visto con buenos ojos mi asociación con académicos extranjeros (algunos de mis trabajos tempranos fueron publicados en el extranjero). Es probable que mis parientes más cercanos fueran perseguidos dada mi reputación (mi padre fue incluido en el caso de médicos demoledores; mi hermano fue expulsado del Partido Comunista y perdió su trabajo en Bielorrusia al declararse contra la invasión de Checoslovaquia en 1968). Mi origen nacional también es

¹ En español en el original (N. del T.).

significativo. Por todas esas razones mi carrera se atascó y mis trabajos principales permanecieron inéditos.

Sin embargo, mientras el país se adhería a una política de *Détente*, mis actividades fueron toleradas. Mi situación cambió drásticamente cuando en el año nuevo de 1980 las tropas soviéticas entraron a Afganistán y la *Détente* fue abandonada. Sakharov fue exiliado a Gorky (hoy Perm) y en Leningrado los profesores liberales comenzaron a ser arrestados. Ya que los eslóganes oficiales decían que no había prisioneros políticos en la Unión Soviética, a cada arresto correspondía el invento de una ofensa o crimen.

En marzo de 1981, por iniciativa de la KGB, fui arrestado y acusado de comportamiento homosexual. El fiscal solicitaba seis años de cárcel y cinco años de destierro de la sociedad civil, lo cual significaba la pérdida de mi permiso de residencia en Leningrado. Sin embargo, y pese a la dirección de la KGB, el juicio se vino abajo y fui sentenciado a tres años de prisión. Luego de mi apelación, esta sentencia también fue revocada. El caso se vio sujeto a una nueva averiguación y, tras un nuevo juicio, fui sentenciado a un año y medio. Como ya había pasado un año y un mes prisionero, lo anterior me dejaba apenas cinco meses de servicio en un campo de trabajo. Era habitual que nuestro sistema judicial dictara una sentencia así en vez de una exoneración.

Tras ser liberado del campo, fui despojado de mi grado y título académico (por la violación de varias leyes). No tuve trabajo durante muchos años, pese al hecho de que estaba registrado de manera oficial en la fuerza laboral y de que no había desempleo (oficialmente) en el país.

Cuando la perestroika inició, publiqué una serie de ensayos en el diario *Neva* (1988-91) y luego un libro (*El mundo al revés*, 1993, cuya versión alemana vio la luz en 1991) en el cual, con los documentos originales de mi juicio, demostré el papel jugado por la KGB en el caso. Esto no fue desmentido y mi investigador de entonces dirigió una carta abierta al editor del *Neva* (que también era presidente del comité de derechos civiles del Soviet Supremo de la URSS), en la cual admitía que mi relación de los hechos era correcta. También aceptó que me arrestó y armó el caso pese a la poca evidencia obligado por sus superiores. La carta fue publicada pero nunca hubo una revocación de la sentencia. Sin embargo, pronto la lógica de revisar el caso se hizo irrelevante, ya que la ley bajo la que había sido convicto fue abolida.

Como resultado de dichas publicaciones, que contenían una crítica aguda al régimen soviético, fui elegido diputado del Primer Congreso de Organizaciones Democráticas de la URSS (1989, en Leningrado). También fui partícipe del club de intelectuales de la Tribuna de Leningrado. A lo largo de estos años, continué con mi trabajo de investigación y con la escritura y publicación de libros y artículos.

Además de la arqueología, durante este periodo encaré otro par de disciplinas: filología clásica y antropología cultural. En la primera estudié un tema que linda con los estudios de folclor y arqueología, a saber el “problema homérico”. Se trató de una crítica textual y de un análisis histórico y estadístico de la *Ilíada*. En cultura antropológica me dediqué a una teoría de la cultura (la evolución y el cambio en las culturas) y a un tema al borde de la sexología y la criminología: el comportamiento anormal. Fui llevado a dicho tema luego de mi paso por la cárcel y el campo de trabajo, así como por mi condena por homosexualidad. El resultado fue una serie de artículos y tres libros.

Desde 1987 recibo una pensión. De 1989 a la fecha he ofrecido conferencias en la Universidad de Leningrado de nueva cuenta y, ya que me fue permitido viajar al extranjero, a partir de 1990 comencé a dar clases como Profesor Visitante en distintas universidades de Europa: primero en la Universidad Libre de Berlín Occidental, luego en la Universidad de Durham (Inglaterra), y más adelante en las universidades de Viena y Copenhague; también he dado conferencias en Londres, Cambridge, Oxford y otras seis universidades de Gran Bretaña, cuatro de Suecia, cuatro de España, dos de Noruega y dos de Dinamarca.

En mi terruño me fueron otorgados mis grados y títulos de nueva cuenta. En 1993 defendí mi disertación doctoral (disertación superior en Rusia) con el libro *Tipología arqueológica* en el Instituto de Historia de la Cultura Material (IIMK) de la Academia Rusia de Ciencias (otorgada unánimamente). En 1994 me sumé al personal docente del departamento de antropología filosófica, en donde comencé a impartir cursos de antropología cultural. A partir de 1995 también impartí esta materia en la facultad etnológica de la Nueva Universidad Europea de San Petersburgo, institución fundada a partir de una iniciativa mía. En 1997 fui electo Profesor Visitante permanente en la Universidad de Viena. En septiembre de 1997, a los 71 años,

dejé la Universidad de San Petersburgo y en 1997/1998 dejé de dar cursos de manera regular en la Universidad Europea. Aun así, impartí varias series de conferencias aisladas en el departamento de arqueología de la Universidad de San Petersburgo hasta 2005.

Tras dejar estos puestos de enseñanza, continué con la impartición de series de conferencias en el extranjero: en Eslovenia, Finlandia y durante el año académico 2000/20001 en la Universidad de Washington, en Seattle. Poco después de mi regreso a San Petersburgo, se me diagnosticó cáncer de próstata. Fui operado en 2001, pero el cáncer regresó en 2004. He estado bajo tratamiento desde entonces y, a la fecha, he tenido la fortuna de que el esparcimiento de la enfermedad se ha hecho lento. Mientras tanto, trabajo como académico freelance en casa y de vez en cuando ofrezco lecturas en público. La liberación de la enseñanza me ha permitido concentrarme en la investigación y la escritura. Los resultados son patentes en media docena de monografías y una centena de artículos.

En suma, he publicado 14 monografías (incluyendo traducciones suman 21) y cerca de 400 artículos en revistas académicas y antologías, algunas de ellas editadas por mí mismo. Mi primer monografía (*Fuentes arqueológicas*, 1978) se reeditó en 1995 en la serie *Clásicos de arqueología*. Actualmente, cuatro libros y dos docenas de artículos se encuentran en prensa, y muchos otros yacen sobre mi escritorio. A partir del verano de 2008, tengo una columna en el diario académico ruso *Troitsky Variant*.

Mi hijo adoptado Damir (un tártaro, de Yoshkar-Ola) no está registrado de manera legal (porque se estableció en mi casa no como un niño, sino después de la escuela), pero usa mi apellido. Se graduó en la Academia de Arte Industrial de Stiglitz, para luego cursar estudios de posgrado; ahora es un empleador. Está casado y tiene un hijo. Damir y su familia viven conmigo. Mi hermano, profesor de historia y pensionista, emigró a Estados Unidos junto con su familia e hijos (mis sobrinos). Uno de ellos es abogado, el otro matemático y programador.

En el rubro de premios, tengo medallas de guerra y la Escuela Superior de Antropología de Moldova me otorgó el título de doctor honoris causa luego de ofrecer mis conferencias allí.

1 de marzo de 2009

NOTAS DEL AUTOR A SU AUTOBIOGRAFÍA

Compilé mi autobiografía de acuerdo con convenciones administrativas: un breve perfil de mis máximos pasos en la vida, ordenados de manera cronológica (nací..., entré..., concluí..., etcétera) y de forma anodina, ofreciendo la evidencia de la que se requiere oficialmente (de nacionalidad, afiliación partidista, parentela, premios, convicciones). En países extranjeros el formato de un cv (del latín *Curriculum Vitae*: la descripción de una vida) es habitualmente temático (nombre, apellido, fecha de nacimiento, etcétera) y no cronológico, además de casi siempre ser más detallado: se indican las fechas con precisión, los números, los nombramientos oficiales, listas completas. Esto casi es el equivalente de la *anketa* rusa (formulario) que se adjunta a la autobiografía.

Un oficial necesita de un formulario: toda evidencia debe estar en su justo sitio, y no puedes esconder o apurar la evidencia desagradable. El lector se adhiere más a una autobiografía: en ella busca encontrar más acerca de la psicología de la personalidad y la lógica de su desarrollo.

Nunca me ha sido difícil escribir autobiografía: de colegial a pensionista se han dado tantos casos en los que he tenido que presentar una que siempre ha estado en mi *dossier* personal; y así se ha expandido de manera gradual, a lo largo de setenta años. Ciertamente, la elección de detalles y énfasis cambiaron de acuerdo con los requerimientos de aquellos a los que estaba dirigida, así como de acuerdo con la situación del país. Por ejemplo, durante el régimen soviético no venía al caso escribir francamente sobre el estatus social de mis ancestros, era mejor referir mi origen social de manera llana y decir “personal empleado”, más detalles por petición especial. El formulario era otra cosa totalmente (sólo si la formulación de las preguntas lo permitía uno era capaz de omitir evidencia desfavorable).

Aun así, tal historia de vida es demasiado árida y rala. Sí, ofrece una impresión general de la personalidad. Pero de un hombre público (el escritor, académico, artista o político) el lector espera más. Espera una biografía (y, particularmente, una autobiografía) para ayudarlo a entender mejor la hechura de tal persona y su posición social, y a esclarecer los motivos detrás de sus actividades y creaciones. Por ello, el género de la entrevista es tan popular. Como regla, el entrevistador sólo pone aquellas preguntas que son

evitadas en la autobiografía. Las mismas preguntas son hechas en encuentros entre un escritor (u otra luminaria) y su audiencia. Estas preguntas aparecen de igual modo en las cartas de los lectores y en la correspondencia amistosa (que usualmente se publica de manera póstuma).

Diarios y revistas han publicado entrevistas conmigo en más de una ocasión, así como también he recibido cartas de lectores. Así que anticipo tal o cual pregunta y trataré de responder por adelantado.

1. Etnicidad. ¿Qué significa ser un “judío radicalmente rusificado”? ¿Se trata de un judío o de un ruso? El caso es que dados varios indicadores (lingüísticos y culturales), pero básicamente por auto-concepción, soy ruso. Si bien poseo cinco lenguas, no se cuenta ningún idioma judío dentro de ellas, ni yidish ni hebreo, y mi lengua materna es el ruso. Se trata del único idioma que domino con maestría: es el lenguaje en el que pienso. No tengo adhesión al judaísmo: soy ateo, así como lo fueron mi padre y mi abuelo (y sus esposas).

Sin embargo, soy un ruso de origen judío. No renuncio a mis ancestros. Tengo algunas razones para sentirme orgulloso de ellos y otras para sentirme apenado. Lo mismo pasa con cualquiera. No he “desertado” hacia otra etnicidad: fueron mis ancestros los que vivieron una asimilación, así que yo fui asimilado desde mi nacimiento. Para mí, convertirme de nuevo en judío implicaría un cambio de etnicidad. En mi opinión, la mayoría de los judíos de Rusia son de este tipo; la excepción es aquel grupo pequeño que se reúne alrededor de la sinagoga. En comparación con los judíos de Israel (una nación separada, de hecho, con su propio *ethnos*), los judíos rusos son algo así como una casta del pueblo ruso, como los cosacos o los pómor (habitantes de la costa del Mar Blanco). De hecho, ahora tan sólo los anti-semitas hablan con un acento judío (imitan a los judíos con un acento que los propios judíos han perdido).

Esta pregunta importa a la gente porque es la etnicidad judía de la cual el carácter nacional supuestamente depende, lo mismo que la “solidaridad nacional” y la defensa de los “intereses del hogar nacional” (Israel, Sion). Consideremos estos tres alegatos.

a) ¿Qué es aquello específicamente judío que heredé de mis ancestros judíos? Si se excluye la perspectiva (aquello que generalmente se tiene en común en la población de Europa del Sur) los judíos modernos son distinguidos

por su elección de profesiones preferibles y por algunas características de carácter nacional; le tienen mucho cariño a sus niños (no hay judíos abandonados o sin hogar); son entusiastas del estudio, y odian beber alcohol en exceso. Aun así, ninguna de estas características es exclusivamente judía y son inherentes a muchos rusos nativos lo mismo que los nombres bíblicos. La diferencia sólo radica en el alcance y la distribución de dichas características.

Por ejemplo, mi nombre es Lev: es un nombre puramente ruso (del griego León se desprende en eslavo Levon –Lyavon en bielorruso– que en ruso devino Lev y su diminutivo Lōva). Después del tiempo de los *progroms* en el cual Lev (Leo) Tolstoi defendía a los judíos, éste se volvió un nombre judío muy popular. Si bien a mi se me nombró Lev no por Leo Tolstoi, sino en memoria de mi tío León, quien murió antes de mi nacimiento. Los patronímicos son comunes en Rusia. Mi patronímico por nacimiento era Stanislavovich por mi padre, siguiendo una costumbre polaca (él nació en Varsovia). Él tenía tres nombres: Samuil-Salomón-Stanislav (dos bíblicos, uno polaco). En casa y en el trabajo lo llamaban por su nombre polaco, y fue así que recibí mi patronímico. A los dieciséis, cuando recibí mi pasaporte, lo cambié a Samuilovich por un sentimiento de amor propio: ocultar mi linaje judío en un tiempo de persecución mundial me parecía malvado. Esto, sin embargo, no significó un cambio de etnicidad. Entonces, como ahora, me pensaba a mí mismo como ruso y en mis documentos era catalogado como judío.

b) La solidaridad nacional o la ayuda mutua entre los judíos rusos ha sido fuertemente exagerada por los no judíos: esto es por celos (por los cuentos de la conspiración judía mundial). En realidad, la ayuda mutua de los judíos se manifiesta únicamente en situaciones extremas ocurridas por persecuciones (como sucede con cualquier minoría perseguida), y este no siempre es el caso. Los judíos mismos conocen el real valor de esto. Los judíos son tan dispares y egoístas como cualquier otro grupo en nuestro país (las conexiones sociales son mucho más débiles que en otros países europeos y que en Estados Unidos). En mi larga vida no he recibido más ayuda de los judíos que de otra gente, incluidos amigos y colegas. Tampoco, con excepción de mis padres, recibí más ayuda de parientes que de otros. Y de cierta organización mundial judía recibí nada en lo absoluto, ya que dicha

organización no existe más que en la imaginación sobre calentada de los antisemitas.

Entre mis amigos cercanos y pupilos la proporción de judíos no es mayor que en la población de la ciudad que nos rodea. Entre aquellos que han vivido largas temporadas en mi casa nunca hubo judíos. Mi hijo adoptado es tártaro, su esposa azerbaiyana. Pero todo somos, en la práctica, rusos.

c) En cuanto a los intereses del hogar nacional, mi terruño, mi madre patria es Rusia. Sus intereses y problemas son los míos propios.

Siento simpatía y respeto hacia Israel como los sienten muchos en Rusia, más allá de sus orígenes. Es bueno saber que la gente expulsada de su patria hace dos mil años y dispersa por el mundo ha creado de nueva cuenta su Estado en el mismo territorio; que durante el decurso de una generación transformó el desierto en un mundo floreciente, acabó con una oposición militarmente superior y defiende con éxito su derecho a vivir bajo normas y estándares tanto europeos como mundiales. Sin embargo, al mismo tiempo entiendo a los árabes que allí han vivido durante cerca de mil años y para quienes los judíos son recién llegados. Me duele ver cómo dos pueblos se destruyen mutuamente y que los árabes de la región eligieron una estrategia desahuciada de guerra permanente (y ruptura interna), en vez de construir un Estado competente como el de los judíos en lo que les queda de territorio, para llevar placer a sus habitantes, así como a sus vecinos.

Sin embargo, no añoro a Israel en lo personal: es un país interesante y lleno de riqueza, pero no es el mío.

2. Marxismo. Hay una contradicción entre mis trabajos en los que mi filiación marxista es declarada y aquellos en los que el marxismo es criticado y rechazado. Las dos partes de esta contradicción coinciden mayormente con una división entre épocas, y esto es evidente para todos. Sin embargo, tal división es incompleta.

Bajo el régimen soviético, la declaración de lealtad a la ideología marxista fue inevitable en nuestro país, y muchas formulaciones y citas de los clásicos del marxismo-leninismo eran una suerte de tradición, algunas rendían tributo a normas comunes de decencia y estaban las fórmulas y citas obligadas del ingenio marxista-leninista clásico a las que todo trabajo se encontraba unido y, por decirlo así, eran los moños rojos que ataban el tema que demostraba la lealtad de su autor. Debido a mi origen social, a mi

educación y a mi crianza, no fui imbuido por el marxismo como filosofía y metodología desde la juventud. Aun así, comprendía que de querer enseñar y ser publicado, si mi objetivo era transmitir mi pensamiento y el resultado de mis investigaciones a la comunidad, entonces debía vestir las prendas marxistas.

Muchos de los guardianes de la ideología no estaban versados ni en la cultura? ni en el marxismo. En esas condiciones uno podía ventilar ideas no-marxistas y no-soviéticas siempre y cuando recurriera al lenguaje de Esopo, en otras palabras, uno tenía que escribir de tal modo que el lector perceptivo fuera capaz de leer entre líneas. Registré catorce variedades de esta habilidad en el capítulo “El lenguaje de las esfinges” de mi libro *El fenómeno de la arqueología soviética* (1993, en ruso; traducción alemana de 1997).

Por otro lado, me esforzaba por encontrar en el marxismo aunque fuera algunas áreas de sentido para no tomarlo todo de la vasta franja del dogma marxista, pero solamente de estos oasis ínfimos. De entre los clásicos del marxismo traté de elegir citas que concordaran con mis ideas (los clásicos eran tan voluminosos que era posible encontrar citas relativas a cualquier asunto). Por ejemplo, jarguía que Marx y Engels tenían a la prehistoria como una disciplina no-política!

Básicamente, algunos académicos occidentales me consideraban un defensor del marxismo, pero un defensor poco habitual: ¿era posible discutir problemas académicos con él! Algunos de mis opositores entre los dogmáticos marxistas en los cuales develé una ignorancia del marxismo me veían como un colega del dogmatismo marxista pero de una clase elevada, es decir, versado en las Escrituras Marxistas. Pero era imposible timar el corpus principal de nuestros guardianes ideológicos: ellos olían a un adversario en mí y no me contaban como uno de los suyos. Evidencia de disenso se encontró no sólo en mis ideas principales sino también en las minucias. Por ejemplo, el secretario de la oficina del Partido en la Facultad criticó las referencias al marxismo en mi obra alegando que yo había evitado el término convencional soviético de doble barril, “marxismo-leninismo”.

Tras el colapso del poder soviético uno podía escribir y hablar libremente, y yo fui capaz de explicar que percibía la ortodoxia soviética como una propagación utópica del socialismo (el paraíso en la Tierra). Los marxistas distinguían al marxismo de otras enseñanzas utópicas mediante su carácter

científico, pero la ciencia en sí no nos garantiza la verdad. El marxismo queda, entonces, como una utopía como cualquier otra forma de creencia. Marx fue un economista competente, pero estaba esencialmente equivocado cuando vio al hombre como una mera conjunción de relaciones económicas; el hombre también es un ser biológico con propiedades inerradicables: cuida a sus hijos y parentela a cuenta de otros, ama su propio medio y animosidad hacia los extraños y sus costumbres, etcétera. Marx estaba totalmente errado en su estimación de las perspectivas del capitalismo y la burguesía, en el rol de la clase trabajadora y así. Los intentos por establecer el socialismo acabaron, invariablemente, en revueltas de las masas beneficiadas, así como en la devastación. Hablo del socialismo como el primer estadio del comunismo. El socialismo occidental es otro asunto. El marxismo es una teoría que ha sido refutada experimentalmente, y no nada más una única vez.

Sin embargo, en la nueva era no rechacé todos los logros de la escuela soviética ni todas las posturas marxistas. Las convicciones materialistas permanecieron en mí (y lo mismo admito la fuerza de las ideas materialistas, así como del ateísmo). Me quedo con el análisis socio-económico como una herramienta valiosa en el estudio historiográfico de la disciplina. La dialéctica permanece como un fuerte principio de concimiento en el estudio de muchos fenómenos complejos, y yo recurro a ella con frecuencia. No es correcto considerar al marxismo como una simple aglomeración de sinsentido y sandeces. A través del marxismo se han logrado valiosos logros en la filosofía y la economía política. El hecho de que el marxismo ha sido desacreditado en sí mismo no implica que dichos logros se anulen. *Abusus non tollit usum.*

3. Ateísmo. En la autobiografía no se acostumbra relatar de manera explícita la relación que uno tiene con la religión. Sin embargo, muchos artistas, escritores, y políticos y trabajadores de la cultura de los tiempos que corren profesan con orgullo su ortodoxia religiosa. Antes, el ateísmo era algo que en nuestro país se daba por sentado en un hombre educado y políticamente leal. Pero hoy el Estado se inclina hacia una fusión con la Iglesia, y los comunistas han devenido píos devotos: se persignan como en el Moscú antiutópico que Voyinovich imaginaba para 2042 (apenas un siglo antes en su libro). De hecho, nuestra situación es como aquella de Alemania

después de la Guerra de Treinta Años: *cujus regio, ejus religio*. Mientras hay un ateo en el Kremlin, los templos se derrumban, y todo el país blasfema. Cuando hay un hipócrita en el Kremlin, todos encienden velas. En dichas condiciones decidí anotar en mi autobiografía que había crecido en un medio ateo y que aún lo soy. No es ni un reto ni una expresión de fronda. Es una creencia.

Para los creyentes actuales los dioses ya no son seres antropomorfos o zoomorfos sentados en tronos celestiales, sino espíritus invisibles, fuerzas abstractas que todo lo saben y son omnipotentes. La esencia de la religión es su veneración en el rezo y el ritual. Se piensa que lo anterior traerá éxito en la vida y redención de la pobreza. Aquellos que están personalmente convencidos de la importancia de la religión, personifican en esencia en esos seres inventados (su existencia real nunca fue comprobada) sus propios –y tradicionales– esperanza, moral y estándares de conducta. La religión se basa en una psicología personal pura: para mucha gente, es más fácil atreverse a hacer algo si se imaginan respaldados por alguna figura superior, y del mismo modo es más fácil abandonar algo si se piensa que dichas figuras no lo aprueban: dioses o santos. Para el bienestar de servir dicha ambición (necesaria para muchos), la enorme y completa industria de iglesias fue creada; y como a los Estados importa el apoyo de la normas tradicionales, habitualmente gustan de y apoyan a su iglesia (y el sentimiento es mutuo).

Por supuesto, junto a su función principal, las iglesias han logrado mucho: alfabetismo elevado, filantropía estimulada, el seguimiento de la moral en la vida diaria, arquitectura urbana desarrollada. Pero el mal que han hecho no es insignificante: a través de la confesión estimulan el disenso nacional y religioso, inspiran cruzadas, queman herejes, aniquilan a aquellos que creen en otra cosa e impiden el desarrollo de la ciencia desde todos los frentes. Por lo general, papas y monjes predicán el ascetismo en vez de la codicia, pero la Iglesia en sí acumula una riqueza colosal.

Los ateístas no debieran ser inferiores al clero en sus actividades. En Estados Unidos, los psicoanalistas ya han desposeído a los curas de su rol de confesores. No se trata del mejor cambio, pero es un síntoma. Espero que, en lo general, la humanidad atienda más a los psicoanalistas que a los papas. Esto funcionará mejor para la valoración concisa de uno mismo, la templanza en general y el bolsillo.

4. Orientación sexual. La pregunta acerca de mi orientación sexual surge de los hechos de mi biografía y aparece en la autobiografía sin ser claramente respondida. Bueno, estos hechos son conocidos incluso sin mi autobiografía ya que la pregunta ha sido discutida en la prensa.

Por un lado, no me casé y fui acusado de cometer actos homosexuales (ilegales bajo el régimen soviético) y condenado, y la condena no fue anulada después del colapso del poder soviético. Por el otro, el caso fue iniciado por la KGB y fue conducido bajo la guía de dicha institución (pruebas de esto fueron publicados en mis artículos en *Neva* y en mi libro *El mundo al revés* [1993] y no hubo un desmentido), si bien los casos sexuales no eran responsabilidad de la KGB. No he admitido el cargo y el que fuera mi investigador repudió el caso en público (en una carta abierta a *Neva*).

Ambos lados de la contradicción pueden reforzarse. Por un lado, en mi departamento de un cuarto vivían hombres jóvenes que me ayudaron a lo largo de muchos años, ahora uno, luego otro. El último de ellos se convirtió en mi hijo adoptado. (Un memorista respetable tiene esto en mente cuando escribe que alrededor de Klejn, a quien piensa un “modelo del intelectual ruso”, siempre hubo muchachos presentes en todo momento). Por el otro, todos ellos se casaron, tuvieron familia y continúan manteniendo la mejor de las relaciones conmigo, lo mismo que sus parientes.

Por un lado, publiqué dos libros sobre el problema de la orientación sexual y preparé otro. Un periodista (que se presenta como un autonombrado buscador de escándalos) mantiene que tal hecho es prueba irrefutable de mi homosexualidad. Me acusa por impreso con un término no publicable de caló de la cárcel. Uno de mis libros publicados, que él no leyó, lo avala como mi autobiografía y como una exposición de mis aventuras homosexuales. Bueno, se trata de un extraño error garrafal para un periodista: el libro de mis memorias aún está en prensa y en sus páginas no se mencionan mis aventuras homosexuales.

Por el otro, fue natural que me interesara en el problema que sirvió como pretexto de mi expulsión de la academia. No propago la orientación homosexual en dichos libros, pero me esfuerzo por alcanzar su esencia, y critico la subcultura homosexual por ser tan violenta como el comportamiento homofóbico. Marcado por los apologistas de la homosexualidad la tengo como una patología en un sentido biológico, pero comprendo que en

la esfera sociocultural los límites de las normas fueron establecidos por sociedades distintas, cada una con normas distintas (cf. normas biológicas y culturales en lo culinario: ¡hasta qué punto una dieta es natural y hasta que otro es el producto de la costumbre!).

En ninguno de mis libros impresos me clasificué como homosexual y en ninguno tampoco rebato dicha posibilidad.

Si uno disipa el misterio y declara mi orientación sexual verdadera, ciertamente me vería en una situación inconveniente. En cualquier caso algunos de mis lectores no me creerían. Si declarara mi orientación como normal, muchos lectores verían esto como una mentira evasiva. Si me declarara homosexual, más lo creerían (la gente siempre se inclina a creer la versión más escandalosa), pero también parecería ser un truco publicitario. Además, también se pensaría: entonces mintió en corte para salvar el pellejo, ¿cómo es posible creer cualquier cosa que él diga? En suma, en cualquiera de estos escenarios me vería forzado a ir más allá de una simple declaración y a presentar pruebas y hechos, asunto que sería indecente y ridículo.

El hecho de que existe una división clara entre homosexuales y heterosexuales en el sentido de los hombres promedio se suma a las complicaciones: de hecho, una escala se traza con el paso gradual de un cabo al otro, y la gente es colocada en la escala en distintas células (el profesor Kinsey sostenía que había siete células a este respecto). Entonces se me pregunta cuál es la célula en la que encajo, ¿en público? En una sociedad justa dicha clasificación se hace en privado con un médico.

Mi postura hacia esta pregunta es la que sigue. En la corte negué tan sólo aquellos hechos particulares que se me imputaron. Y de forma evidente fui lo suficientemente convincente pues, aunque el caso fue presentado por una institución tan poderosa, se hizo trizas y la investigación fue forzada a recurrir a falsificaciones (como no le quedó de otra que admitirlo a la corte). En el caso de la pregunta general sobre mis supuestas inclinaciones homosexuales, esto no fue –aun entonces– visto como loable de una averiguación judicial. Además, hubiera impugnado cualquier deseo por parte del Estado de invadir mi vida privada. Hoy, todavía mantengo que tal no es asunto del Estado; tampoco lo es dentro de la esfera de los intereses de una sociedad normal.

Cuando, en encuentros públicos, los lectores me pasan papelitos que preguntan por mi orientación sexual verdadera, les respondo que eso sólo

es de real interés para aquellos que tengan intenciones sexuales hacia mi persona. Sólo él (o ella) tiene que saber si soy una pareja conveniente o no. Así las cosas, esto es algo que sería apropiado dentro de las relaciones personales, pero, incluso entonces, no es una averiguación que deba perseguirse con preguntas directas. Y, tomando en cuenta mi edad anciana, en realidad no tiene sentido.

La orientación sexual le parece importante a un lector tan pronto la conecta con algunas predilecciones y efectos en la creación de una persona. Tal reflexión es posible, por supuesto, especialmente respecto a la creación de escritores y artistas. Pero, en relación con los académicos, si la orientación sexual de un académico encuentra un reflejo en su producción, entonces esto se refleja mal en su método. Espero que incluso en mis trabajos sobre la homosexualidad mi propia orientación sexual, sea cual esta sea, no se vea reflejada en lo absoluto.

5. Auto-valoración. A lo largo de mi carrera me he atrevido a resolver problemas muy prominentes y centrales, así como he iniciado estudios de importancia. Pero preguntas relativas a la teoría y el método siempre fueron vistas en nuestro país como una empresa prestigiosa que era la prerrogativa de la aristocracia de la academia. De este modo, todo el tiempo tuve que defender mis posturas en un debate, y agrupar a mi alrededor partidarios y discípulos. Como mis antecedentes no eran favorables (un judío, de la gente de “antaño”, no un miembro del Partido) tuve que pelear mi sitio en la academia: primero, simplemente por tener un lugar; luego, por un lugar prominente, por liderazgo. Esto, es obvio, provocó a la gente, en especial a mis adversarios, a verme como un advenedizo presuntuoso que exageraba su propia importancia.

Bueno, la precisión meticulosa de mis listas de logros, atestiguada en mi autobiografía y registrada, ofrecerá tal vez una impresión no placentera de engreimiento excesivo y megalomanía. Pero, con el mismo cuidado, también he dado fe de críticas, tanto hacia mi trabajo como hacia mi persona.

Ahora bien, cierta indulgencia puede permitírseme a mi edad. Estoy en una etapa de la vida en la que resumir es lo habitual. Pero debo confesar que tal es un hábito que tengo desde hace mucho tiempo.

Cuando todavía era un joven asistente en el departamento de arqueología, nuestro decano V. A. Ezhov, quien era mi exacto contemporáneo

(perteneía al siguiente año escolar), se quejó del problema recurrente surgido de mi participación en conflictos de la escuela. “Contigo es imposible aburrirse”, dijo con sarcasmo, siempre esperando de mí (no sin fundamento) molestias a la facultad. Finalmente, elaboró la idea de que yo debería llevar un registro permanente de todo lo que se decía de mí en la prensa, tanto en casa como en el extranjero. Yo debía, por así decirlo, reunir un expediente sobre mí mismo, y estar siempre listo para presentarlo si me era pedido. Sugirió que el expediente incluyera no sólo declaraciones por impreso, sino opiniones sobre mis trabajos vertidas en cartas privadas (especialmente de extranjeros); así, si la ocasión lo demandaba, yo podría decir: “He aquí lo que realmente se dijo:...” Por supuesto, él comprendía que incluir lo dicho en cartas privadas era ir demasiado lejos. Aunque primero eran vistas por los censores (en aquel entonces, esto se aplicaba a la correspondencia de cualquiera, extranjeros incluidos); luego, había pocas citas sobre mi trabajo; finalmente, yacían en mi propio expediente, en casa.

Establecí dicho expediente y más tarde pude evaluar su ventaja: siempre reunía las reacciones a mis trabajos, para juzgar su efecto y en pos del debate.

Mis colegas se burlaban amable y no tan amablemente de lo que veían como mi vanidad, que si no propia exaltación. M. Vakhtina publicó una parodia en *Stratum* en el exaltado por sí mismo Klejn. Yo mismo jugaba con estas bromas (cf. mi *Debate sobre Varegos*), aunque algunos de mis colegas lo percibían sinceramente.

A. A. Formozov, ya fallecido, escribió en el prefacio a la compilación en honor a A. D. Stolyar que Klejn se había “declarado grande a sí mismo” desde el principio. ¿Efectivamente? ¿En dónde lo declaró? ¿Quizás lo “imaginé” o lo “pensé”, pero no lo “declaré”! Lo reprendí en una carta:

¿Cuándo he dicho o escrito algo así? Aunque lo pensara, no podría decirlo. “Grande” era mi apodo de estudiante, un antónimo burlón de mi apellido (Klejn es *pequeño* en alemán). Así me llamaban mi amigos, en especial Sasha Grach. Este epíteto se ha manifestado recientemente en los escritos de mis pupilos, en esta ocasión con sinceridad (prefacio a una compilación en mi honor, en la cual, como usted comprenderá, yo no colaboré). De pupilos esto sería perdonable.

A mi contrincante de larga duración V. F. Gening (también fallecido) le escribí con franqueza que en mi opinión él no funcionaba para estudios teóricos. Ofendido, me contestó: “Usted se encuentra demasiado obsesionado de admiración a su propia persona, con sus habilidades, especialmente teóricas. Franqueza por franqueza: ¡tenga temor de esta obsesión maniaca!” Le repliqué con el mensaje: “El director del seminario de psicología que mencioné en Kiev llevó a cabo un examen de mis características psicológicas. Su conclusión: la subestimación de sus propias habilidades es inherente en el investigado. Extraño. Hubiera concordado con usted. Pero él me obligó a participar en muchas pruebas largas y aburridas.”

Me parece que alguna sobreestimación de las propias habilidades y de la propia actividad sirve de algo. Añade empuje y concentración. Provoca al trabajo. En mi vejez, he llegado a una firme estimación de mi contribución a la academia. No tiendo a exagerarla, pero tampoco quiero minimizarla con modestia, o con un mejor fraseo, con falsa modestia.

La modestia es un concepto generalmente relativo. Cuestionado sobre su opinión acerca de un oficial del personal que le había sido asignado, Suvorov respondió: “Bueno, un oficial amable, tímido y modesto en la batalla.” Hay profesiones inmodestas: escritor es una de ellas; profesor es otra. Si estás tan absorbido por la modestia, quédate en la oscuridad de tu casa.

La modestia cuando de tomar se trata es una cosa, la modestia en dar es totalmente otro asunto. Toda mi vida he sido modesto cuando de tomar se trata: no me he hecho de un departamento de profesor (vivo en una *garçonnière* de un cuarto), de una dacha ni de un coche. Pero fui inmodesto en lo que le ofrecí a la gente.

Resumiendo mi vida veo que algunos de mis logros son considerables dentro de nuestra disciplina. He promovido el desarrollo de la teoría arqueológica; introducido una nueva comprensión del lugar y la naturaleza de la arqueología; elaborado conceptos de clasificación y tipología y métodos de estudios etnogenéticos y cómo reconocer migraciones; descubierto indo-arios en la cultura de las Catacumbas; ordenado el sistema de nociones sobre los vikingos en la historia de la Rusia antigua; promovido una hipótesis que reconoce proto-hititas en la cultura de Baden; desarrollado una nueva comprensión de la épica homérica. Es una cantidad justa.

Al mismo tiempo, descubro que muchas de mis ideas no han sido retomadas y desarrolladas; por ejemplo: mi teoría sobre el desarrollo comunicativo de la cultura y mi estrategia de la agrupación de sistemas, mi idea de la división del trabajo entre la arqueología y la prehistoria, etcétera. Esto sucede en parte porque nuestra disciplina no estaba preparada para percibir mis ideas, y en parte porque no fui capaz de explicarlas de manera adecuada.

Soy consciente de haber sido conocido en mi país y en el mundo, y un tercio de mis trabajos publicados se encuentran en idiomas extranjeros, pero mis monografías principales aún no han sido traducidas al inglés y no ejercen influencia en el desarrollo mundial de nuestra disciplina. Soy conocido a lo largo y ancho del mundo, pero sólo en el estrecho mundo de los arqueólogos y no siempre por mi obra principal. Con esta orgullosa y triste conciencia, parto. ❧